
Discurso historiográfico, ficcionalización y heterogeneidad cultural

Alicia E. Poderti

Universidad Nacional de Salta - CONICET

La historia ofrece un camino: buscar las vinculaciones entre las ideas, los mitos, los sueños, los objetos y los hombres que los producen y los consumen, viven y se exaltan con ellos. Abandonar el territorio apacible de las ideas desencarnadas, para encontrarse con las luchas y los conflictos, con los hombres en plural, con los grupos y clases sociales, con los problemas del poder y la violencia en una sociedad.

(Flores Galindo, 1986: 12).

Introducción

El pensamiento latinoamericano se encuentra en el camino de superación del mito de la «neutralidad» de la ciencia. El hombre de Occidente, tras pretender proyectar la universalización de su experiencia como único horizonte válido para el conocimiento, advierte que el hecho de intentar establecer una experiencia diferenciable en términos de etnia, clase o género sexual no implica caer en la parcialidad, el subjetivismo, la imprevisión o la irracionalidad. Las lecturas que intentan construir un modelo que trabaje los universales a partir de la especificidad, se proponen como formas alternativas de pensar la pluralidad etnocultural de las sociedades latinoamericanas, presuponiendo la coexistencia de varios modos productivos. Más que una nación, naciones, más que una historia, múltiples historias. Cohabitan en el imaginario latinoamericano diosas y dioses precolombi-

nos y occidentales; voces indígenas, mestizas y semif feudales junto al sistema letrado europeo (Cfr. Oyarzún, 1993: 37-39). Esta lectura de la heterogeneidad cultural necesita enlazar aparatos de expresión provenientes de diferentes campos (artísticos, científicos, etc.) a la vez que apela al trabajo multidisciplinario, recurriendo, entre otros caminos de indagación y análisis, a la antropología, la sociología, la ciencia política o la teoría literaria.

Tandeter, en su repaso sobre el estado de la historiografía económico social de los Andes coloniales reconoce tres corrientes principales: la historiografía francesa de los Annales, el marxismo y la etnohistoria. A fines del '70 el debate historiográfico europeo y norteamericano ya no estaba dominado por la convergencia sino por la dispersión. Lawrence Stone en su artículo sobre «El retorno de la narrativa» creía reconocer en esa dispersión, a la vez, la quiebra de tres grandes modelos (el francés de los Annales, el marxista y el cliométrico norteamericano) y la vuelta al modo narrativo tradicional de hacer historia. Otro ejemplo de esta dispersión está ejemplificada en la antropología histórica francesa, la microhistoria especialmente italiana y la nueva historia oral y local anglosajona (Cfr. Tandeter, 1990: 87).

Ante este conglomerado de problematizaciones, uno de los abordajes que elige la actual historiografía se sitúa en el paso de la visión más globalizada al enfoque microscópico, una nueva modalidad discursiva que constituye otro método de exploración:

Pero es evidente que en nuestro campo el microscopio ha sido incorporado en primera línea al instrumental del historiador. Antes que las visiones de conjunto, lo que hoy nos atraen son las elaboraciones de problemas en los que podemos dar cuenta de los actores, tanto individuales como colectivos, y de sus lógicas. Antes que los sistemas, pasan hoy a primer plano, prácticas y actores. Como en la obra de Luis Miguel Glave, por tomar un notable ejemplo, la escena la ocupan los trajines y más aún los trajinantes. (Tandeter, 1990: 89).

El debate sobre la microhistoria se centra también en la problemática del discurso historiográfico, reconociendo que la requisitoria que todo historiador emprende no involucra solamente la interpretación de los significados, sino más bien la definición de ambigüedades del mundo simbólico, la pluralidad de posibles interpretaciones del mismo y la lucha que tiene lugar sobre recursos tanto simbólicos como materiales:

La microhistoria, por lo tanto, tiene una localización muy específica dentro de la llamada «nueva historia». No fue sólo una cuestión de corregir aquellos aspectos de la historiografía tradicional que parecían no funcionar

ya. Era más importante combatir el relativismo, el irracionalismo y el reduccionismo del trabajo del historiador en una actividad puramente retórica que interpreta textos y no los sucesos mismos. (Levi, 1993: 13).

El análisis del discurso, la lectura de un texto y de un conjunto de textos plantea, para los historiadores contemporáneos una serie de problemas que se relacionan con la producción social del sentido. El análisis del discurso trata de superar la concepción referencial de la producción historiográfica tradicional:

Efectivamente, la superficie del lenguaje era generalmente atravesada para alcanzar el sentido oculto –el de la época o el del autor– que se ponía de manifiesto en el texto. La historiografía no tematizaba la discursividad del documento histórico, su lengua, su estilo, su escritura. La aparición del análisis del discurso es así el síntoma de un cambio en el status acordado a los textos: suceden cosas en la superficie del lenguaje que no se explican necesariamente por lo que hay en el fondo o abajo. (Goldman, 1989: 19-20).

Reconocer el discurso¹ como el lugar de construcción por el que todo pasa, implica destronar la obsesión por el fetichismo documentalista –a partir del cual la fórmula documento se equipara al hecho histórico, desconociendo el proceso de construcción que supone todo conocimiento histórico (Ashur, 1993)–. La disciplina histórica, según Michel Foucault, ha cambiado su posición respecto al documento:

se atribuye como tarea primordial no el interpretarlo, ni tampoco determinar si es veraz y cuál sea su valor expresivo sino trabajarlo desde el interior y elaborarlo... (Foucault, 1979: 9).

Se enfatiza el rescate de la fuente escrita despejando su naturaleza comunicativa, junto a una pléyade de modos de producción diferentes y contradictorios. Se tiene en cuenta aquí que las sociedades ágrafas reconstruyeron y preservaron sus tradiciones a partir de la oralidad. Las genealogías, leyendas y rituales afirman la identidad colectiva, representan y legitiman su imaginario. La relación escritura-historia, se plasma en la inquietud raigal de los historiadores de Indias, quienes «mostraron, durante la primera centuria, una fuerte preocupación por las maneras en las cuales los amerindios conservaban memorias del pasado. Esta preocupación no era por cierto neutra, puesto que conducía a preguntas formuladas por quienes en el mismo acto de formularla (¿cómo pueden los amerindios tener historia si no tienen escritura?), describían la idea de la actividad que estaban desempeñando: escribir historia, concebida como una narración lineal en la cual la cadena de las palabras (posibles de distinguir como tales debido a la escritura alfabética y difícil de imaginar en sistemas no alfabéticos de escritura) era una y la misma con la cadena de acontecimientos.» (Mignolo,

1982: 207-8).

Acerca de los constructos teóricos generados por la actual historiografía andina, el modelo descriptivo de Sempat Assadourian (1992) en lo referente a la estructuración del espacio peruano y el estudio de los diferentes espacios coloniales y su articulación en torno a los más importantes núcleos productivos, ha funcionado como hipótesis generadora de la producción historiográfica contemporánea. Pero el enfoque económico ha rebasado su propio perímetro para ser transportado, como construcción teórica, a las otras esferas de los estudios de la vida colonial, despejando los principales mecanismos de integración y desintegración de las culturas y las sociedades de ese período, y transformándose en modelo operativo para otras disciplinas interesadas en desentrañar las variables del proyecto colonial andino.

En las líneas que siguen revisaremos algunos textos de producción historiográfica andina que, a partir del reconocimiento de un espacio regional común, se inscriben dentro de un proceso de construcción de la historia que no desea dejarse subyugar por las estrategias de hegemonía discursiva imperantes en el contexto más tradicional. Aún cuando el horizonte de experiencia y el lugar de enunciación de estos investigadores sean diferentes, consideramos que sus esquemas ideológicos, metodológicos y teóricos tejen nuevos paradigmas de interpretación, en tanto que la escritura de la realidad social no se limita a la tarea de recolección de datos, probada y empíricamente verificables –empresa que convierte a la historia en un inventario de nombres y acontecimientos que se imbrican en pos de atrapar una «auténtica realidad», que siempre a de ser parcial–. La interpelación al pasado llega ligada a un sentido de integración e incorporación equitativa de la heterogeneidad y diversidad cultural que caracteriza el espacio andino y sus microespacios interiores.

La utopía como creación histórica colectiva

La utopía y la identidad son dos dimensiones que nacen del esfuerzo de mundo andino por comprender el proceso de conquista colonial, el descubrimiento y, a la vez, la construcción del «hombre andino», que durante tanto tiempo estuvo rezagado en su rol de personaje al margen de la historia, inalterable, viviendo en un eterno retorno sobre sí mismo. Un indio inmóvil y pasivo, singular y abstracto que ha pasado la historia encerrado en un museo. Flores Galindo propone una resemantización del término «andino», desprendiéndolo de su connotación racista y haciéndolo extensivo, además del grupo de campesinos, a los pobladores urbanos y mestizos. Un concepto de lo andino que toma como esce-

nario la costa y la sierra, trascendiendo los actuales límites de las nacionalidades y que, al mismo tiempo, ayuda a encontrar los vínculos entre las historias nacionales.

La invasión occidental, al reducir a los hombres andinos a la condición común de indios o colonizados hizo posible –sin proponérselo– que emergieran algunos factores de cohesión. A pesar de la estricta demarcación de fronteras jurídicas entre indios y españoles, la relación entre vencedores y vencidos terminó produciendo una franja incierta dentro de la población colonial: los mestizos. A ellos se habrían de añadir los criollos y los múltiples grupos étnicos de la selva, las migraciones procedentes de África y Oriente, todos componentes de una sociedad *heterogénea*. Conflictos y rivalidades han producido, con los años, un subterráneo pero eficaz racismo. Esta fragmentación se expresa en la conciencia social de los protagonistas. La idea de un hombre andino inalterable en el tiempo y con una totalidad armónica de rasgos comunes expresa la historia imaginada o deseada, pero no la realidad de ese mundo fragmentado.

La utopía andina es la integración de los proyectos que pretendían enfrentar esta realidad, de doblegar tanto a la dependencia como a la fragmentación. Esa búsqueda alternativa del encuentro entre la memoria y lo imaginario derivan en una vuelta de la sociedad incaica y el regreso del Inca para encontrar, en la reedificación del pasado, la solución a los problemas de identidad. La elaboración historiográfica atestigua la presencia de esta mistificación intelectual. Al margen de lo que escriben los autores de manuales escolares, profesores y alumnos en el Perú están, según Flores Galindo, convencidos de que el imperio incaico fue una sociedad equitativa, en la que no existía hambre, ni injusticia:

La historia de la utopía andina es una historia conflictiva, similar al alma de Arguedas. Tan enrevesada y múltiple como la sociedad que la ha producido, resultado de un contrapunto entre la cultura popular y la cultura de las élites, la escritura y los relatos orales, las esperanzas y los temores. Se trata de esbozar la biografía de una idea, pero sobre todo de las pasiones y las prácticas que la han acompañado. La utopía en los Andes alterna períodos álgidos, donde confluye con grandes movimientos de masas, seguidos por otros de postergación y olvido. No es una historia lineal. Por el contrario, se trata de varias historias: la imagen del inca y del Tahuantinsuyo dependen de los grupos o clases que las elaboren. (1986: 24).

En conclusión, la utopía andina es, para Flores Galindo, una creación colectiva elaborada a partir del siglo XVI y no constituye una prolongación inalterada del pensamiento andino prehispánico. Para entender esta construcción se puede utilizar el concepto de «disyunción», proveniente del análisis semiótico, y que se

utiliza para señalar que en la situación de dominio de una cultura sobre otra, los vencidos se apropian de las formas que introducen los vencedores, pero les otorgan un contenido peculiar, con lo que terminan elaborando un producto diferente. No repiten el discurso que se les quiere exponer, pero tampoco siguen sus propias concepciones².

La utopía andina no es únicamente un esfuerzo por entender el pasado o por ofrecer una alternativa del presente, sino que constituye también un intento de vislumbrar el futuro. Abarca las tres dimensiones, pues en su discurso importa tanto lo que ha sucedido como lo que va a suceder (Flores Galindo, 1986: 82).

Objetos y actores en la historia de latinoamérica

Otro ejemplo de construcción histórica es el que revisa el sueco Magnus Mörner, en su definición del constructo «indios»:

En el estricto sentido de la palabra no había 'indios' en América antes de la Conquista Europea. Sólo existía una variedad de pueblos y culturas de los más diversos tipos. El «indio», como concepto homogéneo, es resultado del proceso histórico iniciado por la Conquista. En un proceso parecido al que transformó a los africanos, igualmente heterogéneos, en 'negros', los indígenas subyugados, que pertenecían a los más diversos grupos étnicos y estratos sociales, fueron reducidos a simples 'indios' en contraposición a la triunfante categoría 'superior' de los europeos. (1989: 161).

En el esquema de análisis utilizado por Mörner, los 'indios' se convierten en *objetos* o en *actores* de acuerdo a los roles que juegan oportunamente. Estas dos perspectivas del desarrollo histórico cubren dos aspectos: por un lado el de los indios como pasivos y por otro el de los que eligen la opción de mejorar su estado. Ambas perspectivas colocan a los indios en la misma «frontera étnica», los sectores indios y no-indios unifican dialécticamente sus intereses diametralmente opuestos, aunque interdependientes. Los estudios históricos, según Mörner, vieron siempre a los indios como objetos en situación colonial:

De hecho, la teleología y la mistificación crean modelos históricos que provocan gran confusión. La historia no es una historieta de éxitos, sino la exposición en el tiempo de una sucesión de relaciones. Los indios de Latinoamérica han sido sometidos por foráneos a una serie de modelos de dominio. Para analizar en el tiempo estas relaciones interétnicas, parece más útil y provechoso un modelo de conflicto y coerción, como lo presenta la sociología, que una armónica aproximación funcionalista de consenso. (1989: 162).

El papel de objeto del indio se refleja en las acciones y/o intenciones de los agentes y agencias de dominación. Los actores indios incluyen tanto a «colaboracionistas» como a «luchadores por la libertad». A veces el mismo individuo jugaría dos papeles y, en muchos casos, actitudes que en apariencia son humildemente pasivas esconden una resistencia potencial. Esa complejidad de las conductas humanas induce a Mörner a detectar las principales conexiones histórico-antropológicas y fenómenos psico-sociales como el de la «inversión de papeles», costumbre conocida en los carnavales europeos³. Este estudio de la dinámica en las discontinuidades de las relaciones entre los indios y las fuerzas externas de dominación permite un análisis diacrónico que importa en el momento de delinear un esquema de periodización para el análisis de cualquier aspecto de dominación no-india. Mörner percibe cinco períodos aproximativos y sujetos a modificaciones regionales, pero analíticamente útiles.

1. La era de la conquista (1492-1580) se caracteriza por la resistencia armada de los indios. En este período, ellos aparecen como sujetos en virtud de su adaptación al nuevo orden, más que por negativa a aceptarlo.

2. El período que se extiende desde 1580 hasta mediados del siglo XVIII es de dominación colonial consolidada. Sin embargo, investigaciones recientes muestran que se desarrollaron numerosos litigios enmarcados por formas legales de protección de los intereses de las comunidades indígenas, mayormente por derechos de tierra. Los indios, sobre todo en áreas más periféricas, pudieron retener un porcentaje considerable de su tierra. En estos casos, es difícil determinar si los indios eran actores verdaderos o simplemente peones en los conflictos de poder entre funcionarios locales del estado y sus equivalentes eclesiásticos (Mörner, 1989: 165).

3. Desde mediados del siglo XVIII y hasta alrededor de 1820 se puso de manifiesto la centralización y modificación del dominio colonial antes de su colapso. Nuevas clases de explotación mercantil debilitaron la legitimidad de los modelos de dominio existentes. Parte de las élites andinas se sublevaron bajo la dirección de Tupac Amaru II y otros líderes del Alto Perú. En calidad de actores nunca se destacaron los indios más claramente. No obstante, sus acciones causaron temor en otros sectores anti-coloniales, y como consecuencia de ello se cortaron las relaciones de esos sectores con los indios.

4. El cuarto período (1820-1910) se caracteriza por una explotación con ilusiones liberales y positivistas y una retórica vacía sobre los indios. Hacia fines del siglo XIX las sublevaciones andinas fueron frecuentes. Aliados políticos no-indios traicionaron a los indios y la imagen de ellos como pueblo pasivo e inferior fue más fuerte que nunca. Al mismo tiempo, los sectores campesinos se

mezclan con los indígenas, haciéndose difícil distinguirlos.

5. La época de la revolución mexicana de 1910 está integrada por fenómenos contradictorios de paternalismo de estado y una creciente conciencia india. Este paternalismo hizo más pasivos a los indios, imponiéndoles un dominio cultural y político sutil, pero más eficaz. En algunas partes de América Latina, los indios, en su papel de objetos, se encontraron atrapados entre el radicalismo extremo de los intelectuales no-indios y el terror contrarrevolucionario de las fuerzas de seguridad. En las décadas recientes se ha intensificado la conciencia por parte de los indios: los sindicatos campesinos y las organizaciones de índole étnica local, nacional y hasta intercontinental han aprendido a luchar utilizando medios pacíficos. En este sentido, nuestra época pone de manifiesto un renacimiento de indios actores, colectivos e individuales.

Este plan de periodización confiere importancia a la analogía, estrategia preferida por antropólogos o sociólogos. Al historiador, según Mörner, le disgusta extender sus comparaciones más allá de lo estrictamente sincrónico o de los procesos análogos. No obstante, la amplia dimensión espacial y cultural de las sociedades indias ofrece un potencial de comparación considerable al intento de distinguir los rasgos únicos en la reacción contra la dominación (1989: 167). En este sentido, el marco utilizado hasta entonces para el estudio de los movimientos colectivos armados del medio rural merece una reconsideración teórica, completándose con una clasificación más exhaustiva acerca de la afiliación étnica del «campesino», término demasiado vago y amplio como herramienta analítica en la investigación histórica. El análisis de los conflictos entre los «campesinos» y el mundo externo tendrá que basarse en la estructura social en su conjunto (1985: 4).

La apertura del campo de los estudios historiográficos hacia otras áreas es otra de las propuestas centrales de Mörner:

a pesar de que soy historiador, estoy todavía consciente del hecho de que un método histórico convencional, basado en fuentes escritas contemporáneas y fenómenos y acciones medibles, no es suficiente para obtener un análisis amplio y profundo de las reacciones indígenas ante la dominación colonial/nacional a través del tiempo. Por eso son sumamente necesarios los enfoques antropológicos, sociales y psicológicos. Al mismo tiempo, ninguno de estos enfoques puede descartar los datos históricos esmeradamente analizados, ni las perspectivas históricas. Por consiguiente, ningún perito es capaz de resolver solo todos los problemas. Difícilmente podría ser más obvia la necesidad de una colaboración interdisciplinaria.

El noroeste argentino y la región histórica

En los últimos años la escritura de la historia argentina ha comenzado a restituir la complejidad del pasado nacional, antes circunscripto a la epopeya de Buenos Aires. Las culturas indígenas del noroeste, la expansión incaica en ese área, la articulación de las economías regionales coloniales en el espacio mayor andino, así como la aún poco conocida historia de la reorientación sucesiva de las diversas zonas del interior hacia el litoral, son los temas prioritarios de la investigación actual.

En el campo de los escasos estudios historiográficos que toman como unidad el microespacio andino del Noroeste argentino, se inscribe la propuesta de Armando Bazán (1986, 1992). Escribir la historia regional a partir del horizonte de las «regiones históricas» permite, según Bazán, visualizar correctamente fenómenos, comportamientos y tendencias que desbordan el marco de las provincianías y hacer evidente la vigencia de una identidad histórica que perfila con caracteres singulares al noroeste –matriz político-social de la Argentina–:

... la región histórica, por ser anterior a la nación y a las provincias constituye el universo de análisis más apropiado para el conocimiento histórico, pues ahí se dieron los elementos constitutivos que por agregación de jurisdicciones políticas dieron forma a la nación, y que por parcelamiento también político dieron origen a las provincias. (1993: 42).

Esta teoría regional, que halla su sustento en el en el marco conceptual de Juan B. Terán y Bernardo Canal Feijoo permite

conocer el protagonismo del país tradicional en la vida argentina y también su inserción en el espacio americano al que estuvo integrado durante más de tres siglos. Más tarde, decisiones políticas imbricadas con el surgimiento de las patrias nacionales, primero y después con la adopción de un modelo de país agro-exportador –que hizo del puerto de Buenos Aires la única puerta de salida al exterior–, fracturaron al Noroeste del espacio americano, lo confinaron en lo nacional y le hicieron perder su circulación interna. (1986: 12).

La síntesis histórica propuesta por Bazán persigue el objetivo de manifestar las líneas fundamentales del proceso histórico regional, desde sus orígenes hasta el presente, distinguiendo sus elementos constitutivos y las funciones que desempeñó el Noroeste en las distintas etapas del tiempo histórico americano y nacional. La precisión sobre el concepto de «región histórica» no se agota en las connotaciones particulares sustentadas en la economía, la lengua, la cultura y el marco político-institucional. Incluye todos estos elementos en su estudio sobre un proceso geohistórico que reconoce sus raíces en la formación del Tucumán

colonial –el «país de Tucma de los aborígenes– (Cfr. Bazán, 1993). La designación generada durante la revolución de Mayo incluía, bajo el nombre común de «arribeñas», a las actuales ciudades de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero y La Rioja. Luego de la conquista del desierto en la frontera norte, esta zona habría de denominarse Noroeste –expresión utilizada en 1910 por Ernesto Padilla– para diferenciarla del Noreste, región que surge luego del sometimiento de los indios del Chaco.

El ámbito del Tucumán se articula como parte del espacio político americano estructurado en la administración colonial española. Se tejen así las instancias iniciales en el proceso constitutivo de esta región de filiación altoperuana, complementaria del Potosí en lo económico y vertebrada al sistema político administrativo con sede en Chuquisaca.

La apertura de las fuentes documentales y el establecimiento de nuevos paradigmas de escritura es otra característica de la propuesta de Bazán. Las distintas maneras de escribir historia pasan por las formulaciones que cada época ha realizado en lo que a discurso historiográfico se refiere, en función de su peculiar visión del pasado, definida en sustancia por la actitud mental predominante. El universo de análisis del Noroeste, considerado como unidad histórico-cultural donde se despliega la vida de seis provincias que abarcan una cuarta parte del territorio nacional, se propone superar enfoques ceñidos aún a los límites de jurisdicciones políticas que destruyeron la unidad profunda gestada desde la época precolombina. En este relato se integran:

páginas olvidadas u omitidas de la historia común que nos cuentan a los argentinos, referidas a hombres, ideas, proyectos e iniciativas. En el cuadro que diseñamos no todo es brillante. Hay también mequinos apetitos, miserias del cuerpo y del alma, flagelos endémicos, frustraciones. Heroicas rebeldías que tiñeron de sangre los campos de batalla y, como contrapartida, serviles sumisiones al poder central. (1992:15).

La consideración de una categoría de análisis histórico que explique los fenómenos que transcurren en «el tiempo largo» permite expresar otros rostros de la historia, como las formas de instalación humana en el paisaje natural, el mestizaje de sangre, los usos y costumbres, las mentalidades, los sistemas económicos, las creencias religiosas, las formas culturales, todas realidades históricas que no se ajustan a patrones cronológicos de días, meses o años. El noroeste es un área en la que es posible estudiar los acontecimientos del tiempo largo en el período que va desde la colonización española y su encuentro con la culturas aborígenes hasta el momento de organización nacional (1992: 17).

Sucesos «novelescos y absurdos», como las secuencias protagonizadas por

el gobernador Alonso de Mercado y Villacorta y el falso Inca Pedro Bohorquez, son abordados por Bazán en los tramos dedicados a los levantamientos calchaquíes en el Tucumán colonial. La investigación sobre la religiosidad popular, en sus diferentes manifestaciones locales rastrea el sincretismo de los elementos españoles e indígenas, tema en el que la reconstrucción de las fuentes admite la entrada de la tradición oral.

El espacio andino y la construcción del género en la nueva historiografía

Luis Miguel Glave propone una nueva lectura de la historia del Perú colonial, desarticulando algunos presupuestos teóricos de la producción historiográfica de las últimas décadas, como aquella tendiente a recuperar la «visión de los vencidos» (Wachtel, 1976). Tal enfoque genera, según Glave, una deficiencia en términos de la orientación de las preguntas:

Justamente, el período histórico en que los grupos indígenas fueron los 'vencidos' requiere de una recuperación metodológica (...) No se trata de recusar la asimetría en las relaciones entre 'españoles' e 'indios', que más propiamente debe llamarse explotación, sino de reconocer la necesaria relación e interdependencia de esos grupos sociales. Las estructuras económico-sociales coloniales fueron resultado de una intergeneración de los elementos que se habían o se estaban desarrollando en el espacio andino y los que los invasores comenzaron a desarrollar en su nuevo orden, pero siempre sobre aquel determinante telón de fondo. (1989: 26)

Se introduce así una reorganización del espacio colonial: el espacio del «trajín», que reguló el funcionamiento del mercado, cuya circulación e integración reconocía como espacio medular al espacio indígena. El ordenamiento que los españoles hicieron de la población y los lugares escogidos para fundar ciudades, obedecían a los patrones incaicos y encontraban sus principales puntos de ubicación en el «camino real» (Glave, 1989: 42). Los españoles adoptaron el sistema indígena de «tambos» cuya estructura tenía por fin servir a los «caminantes» de la conquista, abastecer a los «comerciantes», servicio que incluía el mantenimiento de los caminos reales. Esa movilización de energía campesina hacia el trajín era una *empresa privada*, en tanto los mercaderes particulares hacían tratos para trajines con los indios, mediados por los mecanismos de dominación colonial, como el tributo y la mita. Esto significó un cambio en el tipo de relación de la economía comunal y la imposición estatal. El espacio del trajín diseña las formas en que el Estado colonial y el capital mercantil encarnado en los mercade-

res particulares conjugan intereses para la «anulación del espacio y el tiempo» (Glave, 1989: 50).

El estudio de los trajines resalta el aporte que, dentro del marco de explotación colonial, pudo dar la sociedad indígena al sistema económico, desde formas de enfrentamiento al dominio y defensa de la identidad. De allí que en los documentos contractuales se perciba la presencia de ciertos elementos lingüísticos, surgidos de la propia estructura y formas de pensamiento y representación indígenas, que permiten apreciar el gran aporte cultural de las sociedades nativas al sistema de integración de mercado (Glave, 1989: 13). El manejo del espacio andino se expresa, en las organizaciones sociales andinas de los dos primeros siglos de dominación colonial, en formas de articulación jerarquizadas y contradictorias. «En esa doble articulación, los campesinos buscaron resistir cotidianamente su situación de dominados, logrando recrear sus formas culturales y económicas» (Glave, 1995: 350).

Otro capítulo importante en la línea de lectura planteada por Glave surge de la exploración de la complejidad social para identificar el protagonismo de las mujeres. La introducción de un dispositivo genérico-sexual en la lectura de la vida colonial significa un esfuerzo de elaboración historiográfica que abre el campo discursivo hacia la historia de la vida cotidiana, del imaginario colectivo y el entramado de las mentalidades locales y nacionales. El tema de la construcción del género como proceso histórico cambiante ha admitido diferentes entradas metodológicas en la reciente historiografía, entre ellas las aproximaciones a los personajes femeninos colectivos, actitud reivindicativa de trasfondo marxista que ha practicado la línea feminista. La historia social y la historia de la familia, por su parte, privilegian la lectura de conjuntos documentales referentes a la esfera de lo privado, como la legislación concerniente al matrimonio y los papeles que atestiguan la vida en los monasterios.

La figura femenina, en la producción historiográfica de Glave, se coloca en el centro de la textura de la creación de imaginarios colectivos. Es la historia de mujeres arquetípicas, que permeabilizan las sensaciones del cuerpo social hasta convertirse en su representación más acabada, en mitos identificatorios que se proyectan hasta el presente. Las figuras de mujeres construidas a partir de biografías extraordinarias interesan al historiador porque son símbolos perdurables del devenir andino:

Mujeres que desafiaron su condición, objeto mental y cotidiano históricamente construido hasta ese momento, el del siglo XVII andino, el barroco americano. Tuvieron una relación de ambivalencia en cuanto a las percepciones masculinas. Se enfrentan a los hombres, los dominan, los embelezan,

los matan, los salvan. Son hombres los que escriben y construyen sus figuras literarias, por ellos desarrollan sus papeles de símbolo. La jerarquía masculina sólo se pierde cuando es usurpada o desafiada. Por ello crean una estela de asombro, pero sin dejar de tener su lugar de condena. Al fin y al cabo, son símbolos, extraordinarios, inusuales, existieron pero viven, más allá de su tiempo histórico, fuera de la realidad⁴.

Para Glave el hilo conductor del relato historiográfico admite, en su espectro de interpretación, la lectura de textos-fuentes admitidos por la veta histórica más purista junto a las textualidades provenientes de la esfera popular y de la «poesía social». Para la construcción de esta historia se rastrean fuentes en continua metamorfosis: en algún momento son textos históricos y luego de sucesivas refundiciones se mutan en textos literarios o viceversa. En esta propuesta caben preguntas como: ¿Existió alguna vez tal o cual personaje? Y es que el recorrido de las fuentes que atestiguan la existencia de una personalidad individual con características fantásticas, desafiante de los modelos vigentes, es un camino sinuoso. Muchas de las fuentes parecen «inventadas» o aún «alteradas», pero en esas extrapolaciones y en el itinerario oral de algunas tradiciones es posible construir un versión histórico-literaria que permite desentrañar los símbolos identificatorios de pueblos enteros, los paradigmas e imágenes colectivas inherentes a la identidad de las sociedades andinas. Las figuras del discurso historiográfico están alimentadas por textos escritos y orales y por un imaginario construido desde esas sociedades, pero también desde la relectura que se ha hecho a través de los tiempos.

Perspectiva

La cultura latinoamericana tiende a ser leída, en los últimos años, como una narrativa dependiente de un aparato de ficciones culturales. En este proceso, la autobiografía, la historia privada de la realidad cotidiana trabajan con el poder de la memoria, intentan explicar el presente, «representarlo», mientras que la Historia, ese pasado definitivo –objeto de la historiografía neopositivista– parece desdibujarse (Cfr. Mariaca Iturri, 1993).

Desde puntos de entrada diferentes la historiografía contemporánea se aproxima a espacio físico, social y cultural común, reconceptualizando una constelación de constructos teóricos, como el de «región», con el fin de aprehender el tema de «lo andino» como identidad de configuración compleja, como problema y como proyecto teórico y político. Dentro de este eje de problematizaciones se constituyen construcciones como la de la utopía andina. En los momentos en los

que emerge una fuerte movilización social, el campesino indígena recupera el mito de Inkarrí, que expresa, bajo el simbolismo de la resurrección del cuerpo del Inca, la reconstrucción de la sociedad indígena. Estas realidades históricas, que generalmente pertenecían al imaginario, casi nunca aparecían explícitamente declaradas y su incorporación a la historia de las mentalidades es un reto metodológico, en tanto se integran al campo de los estudios historiográficos ideas heterogéneas, actitudes sociales y genéricas, emociones colectivas, textos artísticos e incluso mitos donde ese imaginario se vuelve realidad.

Un aspecto que da cuenta de la encrucijada discursiva es la relación *historia-literatura*, en tanto la literatura, como una de las dimensiones de lo simbólico en la vida social ingresa a la textura del relato historiográfico:

La relación entre la historiografía y la literatura es, por supuesto, tan tenue y difícil de definir como la existente entre la historiografía y la ciencia. Sin duda esto se debe en parte a que la historiografía occidental surge frente a un trasfondo de un discurso definitivamente literario (o más bien «novelesco») que se configuró él mismo frente al discurso más arcaico del mito. En sus orígenes, el discurso histórico se diferencia del discurso literario en virtud de su materia (acontecimientos «reales» en vez de «imaginarios») más que por su forma. Pero la forma aquí es ambigua, pues se refiere no sólo al aspecto manifiesto de los discursos históricos (su aspecto como relatos) sino también a los sistemas de producción del significado (los modos de entramado) que la historiografía compartió con la literatura y con el mito. (White, 1992: 62).

La literatura se construye como lugar y como práctica, diferenciándose de otros lugares y otras prácticas, pero desde la perspectiva histórica la literatura es tratada como construcción que forma parte de la realidad exterior, que trabaja con ella y la altera en un sentido que jamás es arbitrario (Cfr. Sarlo, 1993). Desde esta perspectiva, lo que el historiador puede leer en la literatura no será solamente el depósito de contenidos e informaciones, pues no puede hacer abstracción de su régimen estético. Los saberes con los que se construyen los textos literarios hablan de la sociedad de un modo que no puede ser directamente traducido en términos de contenido, indican cuáles son los tópicos de un imaginario colectivo y los ejes de organización de los deseos:

La literatura ofrece mucho más que una directa representación del mundo social. (...) La literatura puede ofrecer modelos según los cuales una sociedad piensa sus conflictos, ocluye o muestra sus problemas, juzga sus diferencias culturales, se coloca frente a su pasado e imagina su futuro. En las estrategias formales de la literatura, en la afirmación o la ruptura de los

géneros, en la retórica de las imágenes puede descubrirse también cuál es el lugar de lo figurado, de lo simbólico y de lo imaginario, la construcción de universos ficcionales no informa sólo sobre lo que esos universos representan sino que las relaciones formales que articulan la construcción pueden explicar (y ser explicadas) en un sentido socio-histórico. (Sarlo, 1993: 172).

Los principios de formación discursiva estarían apuntando a una diferencia entre el discurso ficcional y el histórico-científico. La *actitud hacia el mensaje* contenida en el discurso en cuestión, tema que ya ha sido abordado por Roman Jakobson (1975), indicaría que el predominio de la función comunicativa por sobre la función emotiva sería una de las principales marcas distintivas. También el problema de la *construcción del referente* impone un acuerdo entre distintas prácticas textuales, por cuanto el saber literario y el histórico establecen las pautas interpretativas en función de un acuerdo social que les confiere legitimidad. El conjunto de operaciones necesarias para llevar a cabo la construcción del referente integra un proceso que tiene diferentes etapas: una intuitiva, otra acumulativo-investigativa y otra de selección (Cfr. Jitrik, 1995).

En el núcleo de estos planteamientos se sitúa la problematización acerca del carácter narrativo de la historia, tema desarrollado por Hayden White (1992), quien afirma que, dado el carácter siempre fragmentario e insuficiente de los datos históricos, el historiador no puede eludir la estructura narrativa para dotar a ese cuerpo textual de sentido. La narración histórica está allí operando, por tanto, como un artefacto literario, en tanto que las secuencias pueden ser organizadas de uno y otro modo para permitir la elaboración de diferentes interpretaciones de una misma narración. La narración histórica intenta construir la verosimilitud de los documentos (lo que no implica que los documentos sean «falsos») pues no puede limitarse a la recopilación y transcripción de documentos, sino que requiere reunirlos en una narración, relato que se inserta en la estructura y especificidad de un imaginario social, el imaginario construido por la escritura.

La historiografía andina, como las otras ciencias sociales, se halla actualmente en el centro de los debates culturales. Los estudios en este área se ven forzados a proponer nuevos interrogantes acerca de sus propias metodologías e interpretaciones, redefiniendo algunos constructos teóricos a la luz de los enfoques más profundizados sobre las etapas tempranas del proceso constitutivo de las sociedades. Los textos historiográficos dan cuenta de las diferentes relaciones entre clases, etnias y géneros sexuales, revelando zonas donde la heterogeneidad cultural es convergente. El análisis de los períodos de colonización y expansión occidental y la construcción de una perspectiva que reconsidere los aspectos discursivos de las lecturas historiográficas realizadas hasta el momen-

to, se integran al cuerpo de desafíos tendientes a desentrañar los procesos de globalización. Se construyen, desde la etapa postmoderna y postcolonial, nuevos lugares de enunciación que permiten la «re-locación»⁵ de las construcciones imaginarias coloniales «Oriente/ extremo Occidente» producidas por la expansión occidental y por el crecimiento monstruoso de la creencia de que el único lugar de enunciación que se arroga el derecho de estudiar a las culturas es el de Occidente (Cfr. Mignolo, 1994).

Notas

¹ Como lo explicita Verón, el concepto de «discurso» abre la posibilidad de un desarrollo conceptual que está en ruptura con la lingüística. Una teoría de los discursos sociales se sitúa necesariamente en un plano que no es el de la lengua. Esta teoría discursiva puede darse como objeto, mientras que el surgimiento de la lingüística se da como práctica discursiva científica, y más en general, el surgimiento de los discursos científicos en la historia. Resulta evidente que la lingüística no posee las herramientas para comprender sus propios orígenes y su funcionamiento como discurso sobre el lenguaje (Verón, 1987: 122).

² En el plano textual, este proceso ha sido estudiado por Martín Lienhard con el nombre de «literaturas alternativas». Para vencer las imposiciones comunicativas, los grupos marginados de las sociedades coloniales se apropian de los códigos discursivos del grupo hegemónico. La filtración del discurso del otro produce textos híbridos en tanto se articulan, en ellos, dos sistemas diferentes. La aparición de los discursos alternativos se ve posibilitada, en gran medida, por la permeabilidad y elasticidad de los modelos escriturarios de los grupos dominantes (Lienhard, 1992).

³ Este fenómeno, también repasado por Flores Galindo (1986: 26) es reconocido, en el campo de los estudios teórico-literarios, con el nombre de «carnavalización», y fue estudiado por Mijaíl Bajtín, en el marco de la obra de Rabelais. La carnavalización designa la oposición de la cultura popular a los valores instituidos por la cultura oficial. Durante el carnaval, la plaza, espacio privilegiado por la vida cotidiana, se transforma en el centro del mundo, en el lugar donde es posible la inversión del orden instaurado por la oficialidad, los espectadores se convierten en actores y viceversa, a la vez que las conductas sociales y lingüísticas se liberan del marco de prohibiciones estatuido (Bajtín, 1987).

⁴ La cita corresponde al estudio de Luis Miguel Glave titulado: «Cinco mujeres y una historia extraordinaria» (mimeo).

⁵ Según Mignolo, el lugar de la teoría postcolonial sería el de la permanente construcción de lugares diferenciales de enunciación, de desplazamientos: «*Lugares de enunciación dentro de los marcos discursivos del discurso colonial, construidos por los sucesivos momentos del proceso de occidentalización (...) la construcción de*

los lugares diferenciales de enunciación significa una re-locación, una reubicación»... (1994).

Bibliografía

- ASHUR, Eduardo. 1993. «La novísima historiografía salteña. A propósito de ciertas obras de carácter histórico publicadas entre 1992 y 1993», *trabajo final del Curso de Postgrado dictado por el Dr. Jean Piel*, Universidad Nacional de Salta.
- ASSADOURIAN, Sempat. 1992. *El sistema de la Economía Colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico*. México: Nueva Imagen.
- BARTHES, Roland. 1994. *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- BAJTIN, Mijail. 1987. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- BAZÁN, Armando Raúl. 1986. *Historia del Noroeste argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- . 1992. *El noroeste y la Argentina contemporánea (1853-1992)*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- . 1993. «El método en la historia regional argentina». En *Revista Clío*. Buenos Aires: Comité Argentino de Ciencias Históricas, Comité Internacional.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de. 1922. *La crónica del Perú [1553]*. Madrid: Espasa-Calpe.
- FLORES GALINDO, Alberto. 1986. *Europa y el país de los Incas: la utopía andina*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- FOUCAULT, Michel. 1979. *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- GLAVE, Luis Miguel. 1983. *Problemas para el estudio de la historia regional. El caso del Cusco*. Cusco: Centro de estudios rurales andinos «Bartolomé de las Casas».
- . 1989. *Trajinantes. Caminos indígenas en la Sociedad Colonial. Siglos XVI/ XVII*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- . 1995. «La comunidad campesina y el manejo del espacio. Una perspectiva histórica en los Andes», ponencia presentada en el *Simposio Internacional: Procesos regionales, etnicidad y estructuras de poder en los Andes: Fin de la Colonia y Siglos XIX y XX*. En: *Revista Andes*, Salta: CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Salta, núm. 6.
- GOLDMAN, Noemí. 1989. *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires: Hachette.
- JAKOBSON, Roman. 1975. *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral.
- JITRIK, Noé. 1995. *Historia e imaginación literaria*. Buenos Aires: Biblos.
- LEVI, Giovanni. 1993. *Sobre microhistoria*. Buenos Aires: Biblos.
- LIENHARD, Martín. 1992. *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico cultural en América latina, 1492-1988*. Lima: Horizonte.
- LOCKHART, James. 1982. *El mundo hispanoperuano*. México: Fondo de Cultura

Económica.

- MARIACA ITURRI, Guillermo. 1993. «Los refugios de la utopía. Apuntes sobre estudios culturales desde América Latina», inédito.
- MIGNOLO, Walter. 1992. «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista». En: *Historia de la literatura latinoamericana*. Madrid: Cátedra, vol. I: Colonial, Iñigo Madrigal (coord.).
- . 1994. «Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales». Conferencia ofrecida en el *II Encuentro Internacional sobre Teorías y Prácticas Críticas*. Mendoza, agosto 1994, inédito.
- MÖRNER, Magnus y TRELLES, Efraín. 1985. *Dos ensayos analíticos sobre la rebelión de Tupac Amaru en el Cuzco*. Estocolmo: Instituto de Estudios Latinoamericanos de Estocolmo, Serie «Estudios Históricos sobre estructuras agrarias andinas», n° 2.
- MÖRNER, Magnus. 1989. «Los indios como objeto y actores en la historia de latinoamérica». En: Revista *Anales*. Gotemburgo: Universidad de Gotemburgo, núm. 1.
- ORTIZ, Fernando. 1978. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- OYARZÚN, Kemy. 1993. «Literaturas heterogéneas y dialogismo genérico-sexual». En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XIX, núm. 38, Lima.
- POBERTI, Alicia. 1994. «Textos fundacionales en el NOA. Historia y Literatura», Informe de Investigación, CONICET.
- . 1995.a. *Textos del Tucumán Colonial*. Salta: Consejo de Investigación Universidad Nacional de Salta.
- . 1995.b. *San Ramón de la Nueva Orán: una ciudad, muchas historias*. Salta: Fundación Banco del Noroeste.
- RAMA, Ángel. 1982. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- RIVEIRO, Darcy. 1977. *Configuraciones histórico culturales latinoamericanas*. Buenos Aires: Calicanto.
- SARLO, Beatriz. 1993. «Literatura e historia». En: Revista *Clio*. Buenos Aires: Comité Argentino de Ciencias Históricas, Comité Internacional.
- TANDETER, Enrique et al. 1990. *Los Andes: el camino del retorno*. Quito: FLACSO, ABYA-YALA.
- VERDESIO, Gustavo. 1993. «La argentina: tipología textual y construcción de los referentes». En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima: Latinoamericana Editores, núm. 38.
- VERÓN, Eliseo. 1987. *La semiosis social*. Buenos Aires: Gedisa.
- WACHTEL, Nathan. 1976. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*. Madrid: Alianza.
- WHITE, Hayden. 1992. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.